El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8411 DIARIO DE LA NOCHE TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas: tres meses, 6 id.—*Provincias*, tres meses, 7'50 id.—*Extranjero*, tres meses, 11'25 id.—La suscrición empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.
Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, *D. Emilio Garrido López.*

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Miércoles 20 de Noviembre 1889

EL INVIERNO

Ya del jardín las aromosas flores
En su talle gentil se marchitaron
Ya triste se alejaron
De la selva los pájaros cantores.

Huyó el verano. Del invierno crudo
Hay que sufrir el frío y los rigores
Con algún estornudo
Preludio de catarro..... y otras cosas
Propias del tiempo y siempre fastidiosas.

Según dice D. Crispulo, mi tío,
Es muy bueno abrigarse, si hace frío
Cuidando de no hacer un disparate,
Mas sería de lijo, una imprudencia
No tomar en invierno chocolate
De la fábrica *El Barco de Valencia.*

Que se venden en latas iluminadas de 6 paquetes una, desde el precio de 5 reales en adelante, en todos los ultramarinos de la provincia de Murcia por el Gobernador General del ojo ausente.

Recomendamos.—Quinina dulce Baeza.—(Véase anuncio 3.ª plana.)

ESTERAS
30 AIRE 30
GRAN SURTIDO
NO EQUIVOCARSE
AIRE, 30.—TELÉFONO NUM. 127

UN POCO DE VALOR.

Murmurar del prójimo es cosa grata, y los periodistas adolecemos de este defecto. Es una enfermedad de clase, difícil de corregir; acaso es inherente al oficio. Ya que la cosa parece incurable, resignemos y aguantemos pacientemente. También queda otro recurso: murmurar del que murmura, procedimiento tan homeopático como inofensivo.

Entre las murmuraciones á la moda debe ser contada la manía de hablar mal de la Exposición de París, con relación á España, ó del papel que ha hecho España en la Exposición de París.

No habremos brillado allí mucho seguramente, sobre todo, en la parte que se refiere al adelantamiento de las artes y de la industria. De esas cosas andamos mal de ropa. Pero ¿qué se va á hacer? No tenemos más y ofrecemos lo poquísimo que producimos. El daño no estriba en que los demás países sepan que producimos poco y lo poco malo; estriba en que verdaderamente nos encontramos en dicha situación.

Pero las diatribas que lanzan los escritores más lacrimosos, se fundan en la exhibición que hemos hecho de toreros, manolas, etc., etc. Al llegar á este punto ponen el grito en el cielo los Sres. D. Luis Alfonso, redactor de la *Epoca* y el señor Castro y Serrano, cronista obligado de *La Ilustración Española y Americana.*

El Sr. Alfonso está incansable, y no solo incansable sino exagerado. No se contenta con decir que le hemos inundado de fandangos. Serían muchas inundaciones si en efecto la noticia fuera cierta.

Indudablemente han ido á la capital de la vecina república algunas muchachas *cantaoras y bailaoras* que habrán gustado más ó menos y habrán bailado de lo lindo; pero de ahí á suponer que con unas cuantas *bailaoras* se inunda de fandangos á París, media gran distancia. La hipérbole, por lo exagerada no puede pasar. Compréndalo así el Sr. Alfonso y en lo sucesivo no sea tan exagerado.

Viniendo ya al papel que hemos hecho en París, permítasenos que emitamos una opinión que difiere un tanto de las que se van emitiendo por ahí. Si no se nos permite, poco importa, porque de todas maneras lo hemos de decir.

La fiesta de los toros será buena, ó mala; para nosotros carece de atractivos y concurrimos á ella poquísimas veces. Pero otros la encuentran divertida y no pierden una corrida de toros por nada de este mundo. Así es la mayoría del pueblo español.

¿Qué quieren esos escritores que lamentan lo ocurrido en París? ¿Qué presentemos al pueblo español en el extranjero muy distinto de lo que es en realidad?

Entre los vicios que afligen á la miserable naturaleza humana pocos hay tan repugnantes como la hipocresía. Al individuo hipócrita se le rechaza y se le ódia. Lo que es malo para el individuo ¿cómo ha de ser aceptado y plausible tratándose de una colectividad? Pues los escritores que lamentan el papel que ha hecho España en la Exposición francesa, quieren por lo visto que España sea un pueblo hipócrita. Bastantes calamidades afligen á esta patria querida: no deseamos que tenga una más.

Enhorabuena que los escritores de marras trinen contra las corridas de toros. Están dentro de su derecho censurándolas ó murmurando de ellas como periodistas. Pero ¿á qué asustarse, porque sepan en París y en Europa que somos un pueblo torero?

Si la flamencomanía, con ó sin puntas, es un defecto, combátase duramente, pero atacando el mal en su raiz. Bien mirado, los Empresarios que han planteado un negocio en la capital de la república vecina, no merecen censuras. Si les ha salido bien, merecerán elogios, si les ha salido mal, serán acreedores á compasión. Nada más.

En cambio, estamos cansados de leer en los periódicos cómo las más encopetadas damas de la aristocracia regalan moñas para las corridas de toros, y hacen regalos á los toreros. Que nosotros sepamos, ninguno de esos escritores sensibles y antiflamencos ha tenido valor para encararse con tal ó cual excelentísima señora, y ponerla porque regalan moñas, como digan dueñas.

Y ahí, ahí es donde quisiéramos ver á los hombres diciendo verdades á las que están arriba y ocupan elevadas posiciones. Multerse con las pobres bailadoras, que, según el Sr. Alfonso, han inundado de panderetas y fandangos á París, no tiene gracia.

Ni revela valentía, ni nada que á valentía se parezca.

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

ORINOCO

Charada

Primera y *segunda*
Hace el labrador
Y la con *tercera*
Pone el lañador
Y mi *todo* teje
Sin ser tejedor.

J. Martí y Mata.

La solución en el número próximo.

LAS ACTAS

Hasta hace pocos años, el sable, la espada, el florete, la pistola, han sido las armas predilectas, para resolver todo conflicto en que el honor anduviera por enmedio.

Hoy un pliego de papel lo arregla todo, dejando honrosamente, á ofendido y agresor. En vez de hacer constar que el desafiado, elige el sable, queda sentado que el duelo es á *acta.*

Si señor: los padrinos se reunen; hablan la primera media hora de todo menos del objeto porque se han reunido. Pasados los treinta minutos de ordenanza, se manda por un pliego de papel, y el padrino que tiene mejor letra, redacta lo rutinario, haciendo constar que si bien es verdad que el apadrinado de los de una parte dijo *ajos*, no puede olvidarse que el apadrinado de la otra dijo *cebollas.*

Que tomando en cuenta, que el valor relativo de los ajos, es igual al de las cebollas, ambos duelistas profirieron ofensas de igual bulto.

Que si por uno no hubo intención de que los ajos picaran, tampoco por el otro lo hubo de que lo hicieran las cebollas.

Indudablemente el *acta* es un arma que no hace grandes destrozos en el organismo.

Yo creo que á ese invento que la humanidad acepta como conservador del pellejo, se debe el que por *quítame allá esas pajas* se promueva un duelo, á cada paso.

Las condiciones que se necesitan hoy para llenar cumplidamente el cometido de padrino, es saber redactar de modo que todos queden con razón y ninguno sin ella.

Aquello de batirse á primera sangre ó á muerte, pertenece á la historia. La cuestión de los duelos no es más ni menos que dejar el honor de ambas partes, tan trasparente como el cristal de bohémia.

Tienen algunos caballeros su honra tan vidriosa, que cualquier vagatela se las quiebra, obligándolos á arrojar el guante aunque para ello sea preciso comprarse un par. Un guante en los duelos, es el epígrafe de un poema.

Cuando se ve en la calle un guante útil aun para el servicio, parece que está diciendo «Caballero, ya puede buscar padrinos.»

A mí me ocurrió un lance en Barcelona una tarde de Otoño, paseando por la Rambla que aun al recordarlo me espeluzno.

En aquella época era yo bastante más cursi que lo soy ahora, sin que por eso crean ustedes que no lo sea uno en alto grado. Me daba por vestir con los colores más vivos del arco-iris, y jamás dejaba de usar guantes.

Miren ustedes, si sería cursi, que generalmente llevaba uno puesto, y el otro en forma de puñal en la otra mano, con el que jugueteaba, como las señoras con los abanicos de invierno.

En uno de mis paseos, y en otro de mis coquetones juegos con el guante de la mano derecha, más amarillo por cierto que todos los canarios juntos de buena raza, acertó á caerse, pero con la inoportunidad de hacerlo sobre los piés de un «catalanazo» joven, con una estatura que daba miedo. El catalán se agachó, cogió el guante, sacó una tarjeta y la puso en mis manos.

Yo que ni remotamente, entendí lo que quería decirme, le dí un millón de gracias, y le dije:

—Siento no llevar una mía para tener el gusto de cambiarla.

—Cómo se llama V., me dijo secamente.

—Anselmo Gallina, para lo que V. guste mandar.

—¿Dónde reside V.?...

—Fonda de Europa cuarto núm. 14.

—Allí enviaré los padrinos.

—¡Los padrinos!... ¿para qué?...

—Para que arreglen el duelo.

—Caballero, V. me ha tomado por otro, yo no tengo afición á los duelos.

—Usted lo ha provocado.

—¿Yo?...

—Mañana irán los padrinos.

Me dió la mano y echó á andar.

Francamente confieso que se me quitaron las ganas de seguir paseando y hasta de comer.

Señor, me decía yo; ¿qué le habré hecho á ese Rinoceronte, para que quiera quitarme de enmedio?... si, porque yo... yo... yo no lo quito á él.

Aquella noche la pasé soñando con todas las armas blancas, negras y de todos los colores.

Los nervios se me habían alterado inconmensurablemente, momentos hubo en que creía tener el baile de San Vito.

Todo ello debía ser algún extraño fenómeno producido por el miedo, porque aunque yo quería hacerme creer que era coraje, si el coraje nace del valor, yo ahora reconozco á sangre fría que lo que es el valor, estaba aquella noche á muchas leguas de mí.

A la mañana del día siguiente, me levanté temprano, hice mi maleta, tomé un chocolate, por que estaba desmayado, y cuando me disponía á irme á la estación para tomar el tren de cualquiera parte, un camarero me anunció la visita de dos señores.

Un calor súbito subió á mi rostro y una conmoción general me hizo temblar como un azogado.

Sacando fuerzas de flaqueza, dije al camarero que les hiciera pasar y en efecto al momento entraron en mi habitación los dos padrinos que sin tartamudear, me dijeron inmediatamente el objeto que les llevaba, exigiéndome el nombre de las personas con quienes debían entenderse.

Yo les hice toda clase de reflexiones, sin omitir el detalle de que mi guante no había sido arrojado, sino caido casualmente. También les advertí mi horror á los duelos, pero ellos impertérritos y firmes en la idea me escuchaban como si yo dijera al rey, compadre.

Visto, que no tenía escape, ante aquellos testarudos caballeros, y en la lucha de que no conocimientos en Barcelona, los hice esperar á la hora del almuerzo, y en efecto cuando mis compañeros de fonda se reunieron en el comedor, bajé con aquellos dos «guardias civiles» que me guardaban, contéen público mi breve historia y supliqué que me prestaran auxilio sin viéndome de padrinos.